

efecto, trabaja con palabras. Nadie ha de ignorar que usa más palabras que instrumentos de medición y registro, que matraces y morteros. La palabra científica es palabra teórica. Éste es el hecho principal. El saber científico se halla en las teorías, y éstas se encuentran en los textos, no en las mesas o las gavetas de los laboratorios. Los razonamientos cobran vida en lo escrito. Si no se escribe, no hay ciencia. Se trata de un menester de palabras, y en tanto que expresión teórica metódicamente vigilada, culmina en *un decir* riguroso, en extremo alejado de las formas de hablar arbitrarias propias de las opiniones personales. Se impone así la necesidad de dejar de creer que la actividad científica es algo que se decide finalmente en la práctica, el experimento, las cifras de los porcentajes estadísticos o el cálculo matemático. La aventura de la ciencia comienza y acaba con palabras, aunque en ella, incluso por encima de nuestras mejores razones, la última palabra la tienen las cosas mismas.

II

Con fines publicitarios, o sin ellos, se ha dicho que hablando se entiende la gente. No podemos lograrlo de otra manera. Hablando expresamos tanto nuestro pensamiento como nuestro ser. Somos seres de la expresión, como ha quedado bien establecido en *La metafísica de la expresión*¹ de Nicol. Comunicamos tanto nuestra forma común de ser como nuestra peculiar manera de ser. No solamente nos entendemos cuando hablamos. Hablando vivimos y morimos, sufrimos y gozamos, nos enfermamos y nos curamos, odiamos y amamos. Todo esto es algo bien sabido, pero no solemos reconocer su importancia.

En realidad, todas las cosas de la vida humana representan un asunto de palabras. Después de advertir que en la naturaleza humana lo más natural son las palabras, no debería extrañarnos ya la generalidad de la aseveración. Sin embargo, el

enunciado puede aparecer como algo evidente de suyo y, al mismo tiempo, como un desatino, o cuando menos, como una exageración. Por eso no puede evitarse cierta dosis de perplejidad. Es obvio que para el hombre nada es más familiar que las palabras. La naturaleza verbal de nuestro ser es algo bien identificado. Pero ¿acaso contamos con este hecho como lo hacemos con la silla en la que nos acomodamos plácidamente o el piso sobre el que caminamos, desplazándonos con seguridad? Si nos quitaran la cosa en la que nos sentamos o se nos moviera el terreno que sostiene cada uno de nuestros pasos notaríamos inmediatamente que nuestros apoyos se nos esfuman. En cambio, las palabras nunca nos abandonan, ni siquiera cuando por alguna circunstancia de la vida perdemos la capacidad de hablar. Incluso cuando no podemos decir nada, cuando declaramos, por ejemplo, que no tenemos palabras para expresar lo que sentimos o lo que nos pasa, es posible aún comunicar estos hechos de naturaleza silenciosa mediante alguna forma de lenguaje. Lo inefable, al fin y la postre, se puede comunicar. Toda auténtica comunicación es lenguaje. Nada queda por debajo o por encima de las palabras. Como en casa, diríamos, siempre podemos estar seguros con las palabras. Y sólo con ellas podríamos intentar convencernos de lo contrario.

El gran poder del hombre es el poder de la palabra. Es un poder compartido, de todos y de cada uno. Sin límite: se puede hablar de todo, de lo que es y de lo que no es, de lo que existe y de lo que solamente es producto de la imaginación. La nada misma puede hospedarse en las habitaciones y los pasillos de nuestro discurso. La fuerza de la palabra consiste en que puede referirse a cualquier cosa.

¹ *Metafísica de la expresión*, Fondo de Cultura Económica, México, 1957, primera versión.

Puede parecer extraño hablar de estas cosas. Si así fuere se pondría de manifiesto claramente nuestra incapacidad actual para notar hasta qué punto el sentido común se ha apoderado de nuestra facultad de razonamiento, obstruyendo las vías de la comprensión. No existe ninguna forma de acción humana que no esté acompañada del pensamiento y sus palabras. ¿El hecho de que podamos pensar en silencio (sin articular sonidos) nos autoriza a suponer (erróneamente) que el pensamiento, para pensar, se despoja de las palabras, y que la acción, para ser efectiva, renuncia a la capacidad de razonar? No es mudo el pensamiento, ni ilógica la acción. Piensa hablando. Hablando, silenciosamente, piensa. Pensar es actuar, dice Platón. Las palabras no son cosas desechables que el pensamiento pudiera tirar a la basura después de haberlas usado. El pensamiento no es una especie de pegamento que sirva para ir pegando letra con letra, palabra con palabra, idea con idea. No puede darse el caso de que haya palabras sin pensamientos, pensamientos sin palabras. Cuando no hay pensamiento en ella, la palabra se vuelve sólo sonido. Por alguna razón en castellano usamos dos vocablos distintos para mencionar el acto de hablar y el de pensar. Y no se trata de una razón trivial, como la de la idea de que una lengua es rica en sí misma si tiene varios términos para hablar de lo mismo. En el fondo de la dualidad de palabra y pensamiento hay una decisión metafísica de la filosofía que encontró así un acomodo fácil para cuestiones difíciles. Las palabras sin los pensamientos están vacías; los pensamientos sin las palabras son ciegos. La palabra es mucho más que sonido y grafía. La acción no es sólo movimiento. El pensamiento es algo más que dos o tres pares de silogismos girando lógicamente en la cabeza.

No es lo mismo lo práctico que lo teórico. Pero cuando establecemos la diferencia entre la acción práctica y la acción teórica, no debemos creer que a la vez hemos puesto las bases para mantener la diferencia entre el pensamiento y la acción. No

existe semejante distinción sino cuando se conciben la acción y el pensamiento en abstracto, como dos cosas tan enteramente distintas entre sí que ya nunca se puede restablecer su unidad. Después de creer lo contrario durante muchos siglos, nos cuesta trabajo admitir que es lo mismo pensar, hablar y actuar. No cabe duda de que debimos deshacernos desde hace mucho tiempo de lo que Heidegger llama la interpretación técnica del pensar, la que comienza en Platón y Aristóteles³, y encuentra su apogeo en nuestros días. El pensamiento no es una técnica (τεχνη) al servicio de las formas del quehacer y el hacer que consiguen resultados provechosos. Mas no está por un lado la acción, y por otro el pensamiento. Esta noción popular, generada primero en el seno mismo de la reflexión filosófica, es meramente una convención, muy ampliamente utilizada por el sentido común para comunicar fácil y rápidamente lo que hacemos y lo que dejamos de hacer. Pensar es hablar, hablar es pensar. Aunque no articulemos sonidos, cuando pensamos articulamos razones. No es cierto que el pensamiento sea algo independientemente de las palabras. Pensamos hablando, hablamos pensando. Es una distinción superficial y sin fundamento la que nos hace creer que primero pensamos y luego comunicamos lo que pensamos mediante palabras. No se puede pensar sino a través del lenguaje; no se puede hablar sin que entre en acción el pensamiento. El lenguaje es el agua donde nadan las razones. El pensamiento despliega libremente sus alas en el vuelo de las palabras. Cualquier metáfora o imagen viene a cuento si nos ayuda a entender que *la palabra y el pensamiento son una y la misma cosa*. No hay una sola palabra que no sea en sí misma un trozo de pensamiento. Del mismo modo, no hay un solo

³Cfr. M. Heidegger, *Carta sobre el humanismo (Über den Humanismus)*, 1945). Versión castellana en Taurus, Madrid, 1966.

Queremos seguridad en nuestras razones. Bien mirado, el asunto toma otro aspecto: si no hubiera ciencia, nos haría falta, porque el saber científico representa la única oportunidad (brindada por la realidad y la razón) *de buscar, hallar y ofrecer razones fidedignas de lo real, o sea, sin segundas intenciones*. Damos por cierto que no se puede dar razón de la realidad sino a través de las palabras. Por ahora no es necesario averiguar si en el curso de nuestra vida también nos sirven las palabras para alguna otra cosa. En todo caso: si es preciso obtener y dar razones de algo, se impone la necesidad de que en el universo exista *el ser de la palabra*. Este hecho extraordinario es más impresionante que todos los fenómenos astronómicos cuyo espectáculo y explicación suelen dejarnos con la boca abierta. Si la mera posibilidad de hablar basta para quitarnos el sueño noche tras noche (obsesionándonos día tras día), no cabe duda de que la de *dar razón* es suficiente para provocarnos un peculiar e inquietante vértigo en nuestros razonamientos. Y en el ojo mismo de este huracán interior cobra vida la experiencia del pensamiento (cuando éste decide averiguar lo que es la ciencia).

La ciencia es la única clase de conocimientos que se apoya existencialmente en una vocación personal. Sin la distinción ética o vocacional de la ausencia de segundas intenciones no es posible establecer la diferencia entre un conocimiento cuya garantía de verdad es parcial (parcialidad de la verdad que suele compensarse con la ganancia extra del objetivo perseguido por las segundas intenciones), y uno cuya garantía completa se asienta precisamente *en la ausencia cabal de segundas intenciones*. Cuando la ganancia extra se produce se otorga menor importancia a la verdad del conocimiento. Así queda a la vista que el peligro que amenaza constantemente a la verdad no lo constituye la falsedad o el error, sino las segundas intenciones. Ellas echan a perder la búsqueda científica al pervertir su finalidad esencial. Sin ellas, hay ciencia; con segundas intenciones, hay toda clase

de conocimientos, desde los que se obtienen *con buenas* intenciones (como las de la curación del enfermo que guía la búsqueda médica de la verdad o las de la atención de la necesidad) hasta los que se persiguen con *inmorales* intenciones de manipulación o utilización de cosas y personas para el provecho de individuos o grupos.

VII

En verdad no importaría con qué fuerza nos viéramos obligados a renunciar a la pobreza espiritual que nos hace creer a ciegas, sin razonamiento ni cuestionamiento. La auténtica fe no se halla librada para siempre de las visitas de la duda y los cuestionamientos. Pero se las arregla vocacionalmente para hacerles frente. Ahora bien: nadie puede sustituir la creencia auténtica mediante razones. Análogamente, ninguna creencia puede ahogar el incansable y tenaz afán de la razón de proporcionar razones de lo real. Razones que, por cierto, son mejores cuando se dan, cuando se ofrecen generosamente se trata de dar razón, no de tenerla.

Las razones de la ciencia son confiables. Se puede confiar en ellas porque no son opiniones personales, sino razones suficientes (nunca verdades a medias), fundadas en las cosas mismas. Ahora bien: el rendimiento natural de la razón (de dar razón de lo que sucede) queda por entero fortalecido en el razonamiento científico, cuya apelación a la verdad es su único compromiso. Es cierto que hoy y siempre ha sido necesario hacer referencia a la verdad, como hay que hacerlo, por ejemplo, frente al mentiroso o al que solapadamente comete un delito. Para que haya justicia se acusa al culpable y se desenmascara al que miente. La verdad, entonces, presta un servicio completamente valioso. Pero la ciencia es el único camino en el que la razón se da el lujo de perseguir razones sin segundas intenciones. Por eso, aunque siempre está expuesta al error, representa el tribunal más alto de apelación a la verdad, liberada entera-

fabricación de alimentos, el amasar la masa y satisfacer el hambre de los seres humanos con el pan de cada día. Pero la dignidad humana alcanza un nivel mayor de nobleza cuando su acción puede llevarse a cabo liberada de la atadura con la necesidad de lo necesario (haciendo valer la redundancia). La verdad pertenece por entero al ámbito de la libertad. La elaboración del pan, en cambio, es una acción libre dentro del marco de lo necesario. La búsqueda de la verdad es plena libertad respecto a toda otra conveniencia. Por eso deriva de ella un servicio extraordinario, como el de cualquier acción enteramente libre. El desinterés cobra realidad ahí donde se puede hacer algo sin esperar nada. Lo opuesto a esta acción desinteresada cobra vida, por ejemplo, en las diferentes formas de inversión (con ganancia calculada previamente).

La distinción rigurosa de esas dos principales formas de la acción según su propia finalidad no implica en modo alguno la apología de una y la impugnación de la otra. Cada una de las dos formas de la acción mantiene su particular dignidad y su peculiar servicio para el ser humano. Lo único que en todo caso resulta lamentable es la confusión de estas dos formas de la praxis o el predominio de una de ellas hasta el punto de eliminar a la otra. Sólo artificial y aparentemente podría quedar desdibujada esta diferencia esencial en el peculiar híbrido de una "ciencia práctica" o una "ciencia aplicada", que en sí mismo es algo tan imposible como un hierro de madera o un círculo cuadrado. Ciertamente de actitudes desinteresadas y compromisos vocacionales de carácter ético no quiere saber nada la actual concepción utilitaria de la ciencia (que la piensa así porque así la quiere: como un instrumento de conocimiento útil para satisfacer deseos, necesidades e intereses, personales y de grupo). Pero en su propósito principal de patrocinar un saber del que se pueda obtener provecho pierde lo esencial: no la verdad misma, sino la posibilidad objetiva de conseguirla. Puede pensarse, con sentido común, que hay un conflicto por resolver, pues

la ciencia *no sirve para nada*, y sin embargo, se le busca por sus verdades. ¿Para qué sirve la ciencia? Prácticamente, para nada. Teóricamente, para incrementar el acervo de los conocimientos científicos. Humanamente hablando, su importancia es fundamental, pues su fundamento vocacional, del que depende su incontrovertible e incorrupta *responsabilidad moral de la verdad*, sin sujeción alguna a otros intereses, pone de relieve la existencia del hombre como ser de la verdad y como ser del bien. Sobre la base del principio ético de la vida, el ser humano se encuentra en su propio ser impedido para ser indiferente frente a lo verdadero y lo falso, ante el bien y el mal, sencillamente porque que no le da lo mismo una afirmación falsa que una verdadera, algo bueno o algo malo.

El nudo existencial del conflicto desaparece cuando se está en condiciones de advertir que *las verdades que sirven no son las que ofrece la ciencia*, sino las de la sabiduría de la vida y la autognosis (que nos permiten alcanzar una idea clara del modo en que vale la pena vivir) y las del conocimiento práctico de la realidad (cuya complejidad puede asemejarse a las de la investigación científica). Unas y otras nos permiten vivir y sobrevivir. Lo que la ciencia proporciona es algo que nos hace tanta falta como las verdades mismas: un régimen de la verdad, como le llama Nicol⁶, en el que con toda naturalidad, por decirlo así, siempre es posible exigir *las razones por las cuales se dice lo que se dice*, recurso maravilloso de la libertad humana (llevado a cabo por la razón) que alivia considerablemente nuestra bien fundada inquietud de ser víctimas de engaños y embustes, imposiciones y arbitrariedades.

⁶ Cfr. Eduardo Nicol, "El régimen de la verdad y la razón pragmática", en *Ideas de vario linaje*, ed. cit.

escritura sagrada del taoísmo: *Tao Te King*; los *Seis King* del confucianismo; el *Canon Pali* del budismo; la *Biblia* de la tradición cristiana y judía; el *Talmud* (*Misnáh* y *Gemará*) de las creencias religiosas del judaísmo; el libro sagrado de los musulmanes: el *Corán*; los *Vedas* del hinduismo, etcétera, etcétera. En el pensamiento filosófico, desde el texto más antiguo de la filosofía del que tenemos noticia, el fragmento B1 de Anaximandro, hasta el escrito tal vez más revolucionario e innovador de la filosofía de la primera mitad del siglo XX, *El ser y el tiempo* de Heidegger, situados entre las lecturas obligadas de los maestros del pensamiento: Platón, Aristóteles, San Agustín, Spinoza, Leibniz, Kant, Schopenhauer, Hegel y Husserl... En las ciencias naturales, los textos fundacionales de la física (la *Física* de Aristóteles), la geometría, (Euclides, *Elementos*), de la teoría de la continuidad natural (Aristóteles, *Historia de los animales*), de la historia del dinero y la acuñación de monedas (Plinio, *Historia natural*) la teoría de la construcción arquitectónica (Vitruvio, *Diez libros de arquitectura*), de la anatomía humana y del mono en los escritos de Galeno, los grandes textos de Copérnico, Galilei, Bacon, Newton, Einstein, Linneo, Lavoisier, Lamarck... El texto fundacional de la teoría de la evolución (Darwin, *El origen de las especies*); la teoría de los números (Gauss, *Disquisiciones matemáticas*). El famoso libro fundacional de la medicina experimental (Bernard, *Introducción a los principios de la medicina experimental*)... Las investigaciones de Pasteur, Lister, Poincaré, Planck, Bohr, Mendel, Schrödinger, Heisenberg... Los textos ya clásicos de la geometría no euclideana escritos por Lobachevsky, Bolyai y Riemann...

Los textos de la humanidad, como los llamaríamos en su conjunto, evidentemente no son un mero suplemento de la palabra hablada. Son mucho más que eso. De un modo u otro, lo escrito representa una referencia obligada en el decir en el que unos a otros los hombres se comunican cosas de importancia para su vida. La intención de una *gramatolo-*

gía como la de Derrida¹⁰ es la de constituir una ciencia de la escritura y el texto, en peculiar diálogo con el Rousseau del *Ensayo sobre el origen de la lengua*. Su tarea sería la de mostrar sagazmente que el lenguaje no es sino una apariencia o disfraz de una escritura primera, más fundamental que la del texto, que ha venido pasando como simple suplemento del habla. Esa escritura fundamental, anterior a la escritura del texto, tampoco sería un “simple suplemento” del lenguaje.

A nuestro juicio, sólo desde la escritura se interroga consistentemente la escritura y el lenguaje, la palabra y la razón, y todas las demás cosas. En todo caso, sin la fijeza del texto se nos mueven tan rápidamente las palabras y las razones que poco o nada nos dejan como herencia patrimonial para la ciencia y la sapiencia. Investigar es nadar profesionalmente en las aguas verbales del texto. Atreverse en sus profundidades, sin la seguridad de la superficie y sin salvavidas de sapiencias adoptadas, es mérito del investigador. No hablamos, desde luego, de una pura “investigación bibliográfica” que frente a la “investigación de los hechos” (en el aire fresco del campo) aparecería como averiguación de segunda (en la atmósfera cargada de alguna biblioteca), y para muchos, como mero saber libresco. Las bibliotecas, por cierto, no son simples almacenes de libros, sino el lugar, en cierto modo sagrado, del atesoramiento más valioso de nuestro saber. El libro se convierte en un texto cuando lo podemos leer. Cada lectura hace posible el renacimiento de la palabra viva que el texto guarda pacientemente hasta la aparición de un nuevo lector. Entre la visita de uno y del otro puede transcurrir un día, un año, un siglo... La ciencia no es sino investigación de textos, porque en ellos es donde aparece la *realidad*

¹⁰ Cfr. Jacques Derrida, *De la gramatología* (*De la gramatologie*, 1967), Siglo Veintiuno Editores, México, 1971.

